

Los Restos de Colón

Por

Joaquín BARRIOS Pino

Comandante de Sanidad Militar

Ejército de España



ESPAÑA, QUE tan fecunda fue en descubrimientos y conquistas, no fue celosa para la conservación de su patrimonio. Otros pueblos que poco o nada pusieron en empresas de esta clase, le escamotearon y robaron tierras, tesoros y la gloria de sus hazañas y descubrimientos.

Así, tenemos los viajes del capitán Cook, tenidos por maravilla por los pueblos anglosajones. Cuando la quilla de su barco surcaba las aguas oceánicas, hacía siglo y medio que los españoles de la expedición de Magallanes desembarcaron en la Micronesia descubierta, concretamente en la Isla de los Ladrones, y hacía más de cien años que los barcos de Alvaro de Mendaña, los de Torres y los de Pedro Fernández de Quirós surcaran las aguas de Polinesia y Melanesia, Australia incluida, descubierta por Fernández de Quirós, quien elevó un memorial al rey de España, dándole cuenta del descubrimiento de un nuevo continente, que llamó Austrialia, como homenaje a la casa real reinante en España. Así, no fue sólo Nuevo Mundo lo descubierto por los españoles, sino también el Novísimo, esto es Oceanía.

Alvaro de Mendaña y su esposa Isabel de Barreto (la primera mujer almirante del mundo) descubrieron y poblaron las Islas de Salomón y las Marque-

sas, entre ellas la muy famosa de Guadalcanal, por ser el piloto mayor de la primera expedición, natural del pueblo de este nombre en Sevilla, nombres puestos por los navegantes españoles, mucho antes de que el capitán Cook naciera. Hasta monumentos le han levantado en su país a este "descubridor de pacotilla", cosa que no se ha hecho en España con los adelantos de esas empresas, mientras levantamos, como si careciéramos de figuras señeras para ello, monumentos al pastor, al médico rural, al perro y ¡¡hasta al queso, en el pueblo de Idiazábal!!

Una pena y una desgracia, no achacable a los españoles ciertamente, sino a los rectores de su cosa pública. Mal crónico que existe en nuestra casa, desde los tiempos de Alejandro Farnesio, en que Giambello, el precursor de los torpedos, se pasó a los flamencos, asqueado por las burlas de que en la Corte fue objeto. Mientras que los cíclopes de carne y hueso nuestros carecen de monumentos que perpetúen su memoria y los inventores como Monturiol, Torres Quevedo carecen de él, o sea por lo visto son para nosotros menos que el perro y el queso. Algo así como una tomadura de pelo.

Por eso mientras Europa se industrializaba, nosotros nos consumíamos en luchas internas, sin tener en cuenta los beneficios que pudieron darnos inventores e investigadores.

Con los restos de Colón sucedió algo semejante. De este personaje enigmático y aventurero, si asendereada fue su vida, no lo han sido menos sus restos.

Un libro editado en 1879 por la Real Academia de la Historia, contiene el informe de esa Academia sobre la aparición de "los verdaderos restos de Colón", el día 10 de septiembre de 1877, en la catedral de la ciudad de Santo Domingo.

M^{te} y E^{do} Daron Cristoval Colon

Cualquiera que esté algo versado en historia sabe que al morir Colón en Valladolid el 20 de mayo de 1506, fue enterrado en el convento de los franciscanos de dicha ciudad. Antes había hecho testamento, y entre otras cosas que destruyeron parte de su leyenda negra, dispuso que sus restos reposaran en la capital de la Española, por él fundada. No obstante, permanecieron allí y en el monasterio de las Cuevas, de Sevilla, hasta el año 1536, en que a instancias de sus descendientes, su cuerpo fue trasladado a la catedral de Santo Domingo.

Al perder España su dominio sobre la isla Dominicana, los restos fueron trasladados a la catedral de La Habana, en el bergantín "Descubridor", según consta en acta de exhumación levantada en dicha ciudad el 20 de diciembre de 1895. En ella se da cuenta detallada de la extracción de una caja de plomo, como de media vara de larga, colocada "Peana del altar mayor, debajo del Evangelio", conteniendo los restos del descubridor, que fueron saludados con quince cañonazos. Las llaves fueron entregadas al teniente general, señor Aristizábal, para la entrega al gobernador de La Habana. Va el acta, que se conserva en el Archivo de Indias, firmada por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas. También existe otra, dirigida al Príncipe de la Paz, pidiéndole autorización para el traslado de los restos a La Habana.

Así, hay constancia oficial y detallada del traslado de los restos de Colón a

la Española; de ésta a La Habana y de La Habana a Sevilla, a cuya recepción acudió S.M. don Alfonso XIII. Hoy reposan dentro de la catedral, junto a la puerta de los príncipes, en un catafalco con una urna sostenida por cuatro grandes maceros.

—oOo—

Corrían los años de la década del 70, del siglo XIX, cuando el obispo italiano de la sede de Santo Domingo, fray Roque Cocchia, obispo de Oroppe y el cónsul italiano en dicha ciudad, Luis Cambiaso (apellido más sugestivo, Cambiazo no lo tuviera ni a propio intento), solicitaron en artículos de prensa que los restos de La Habana fueran reintegrados a Santo Domingo, pues así lo dispuso Colón en su testamento. Los españoles se negaron a tal pretensión y entonces inventaron la superchería de aparecer en la catedral de Santo Domingo, como los verdaderos restos, alegando que los españoles se equivocaron llevándose otros que no eran de él.

Así, ese día 20 de septiembre, todo preparado y orquestado, como función circense, hicieron creer que los restos de Colón continuaban en la isla.

En el trabajo de la Academia Española de la Historia se dice que los restos exhibidos no son de Colón, sino de un nieto del almirante, del mismo nombre y apellido, según testimonio del Sínodo Diocesano de 1683, que yacían junto a los de su hermano Luis.

Además, para dar más visos de veracidad al cambiazo, colocaron sendos letreros por encima, los costados y en el interior de la caja, y aquí es precisamente donde se descubre la superchería. Reza así el colocado encima de la tapa de la caja, cuya copia acompaño: "Descubridor de la América. Primer Almirante". Este es precisamente el anacronismo delator, puesto que la palabra América

D. de la A. ^{de} A. ^{te}

fue desconocida en España hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX. Siempre se llamó "Indias" al continente descubierto o Nuevo Mundo. Así, se decía Archivo de Indias, Galeones de Indias, Contratación de Indias, etc. Hoy mismo, a los que de América vuelven ricos se les llama Indianos, y a los naturales del Nuevo Mundo, "Indios".

La sustitución de la palabra Indias por la de América —¡cómo no!— fue también obra de italianos, al dar al Nuevo Continente el nombre de Américo Vesputio, italiano y uno de los tripulantes en el tercer viaje de Colón a las Indias y, por tanto, nada tuvo que ver con el descubrimiento. Un escamoteo más.

No pudo faltar la parte cómica en esta burda superchería. Luis Cambiaso, el cónsul italiano, ofreció al Municipio de Génova un vaso de cristal con cenizas del descubridor del Nuevo Mundo. Por el mismo tiempo se exhibía en Caracas "una porción del sagrado polvo de los restos del descubridor", con documento de origen, legalizado, y en la ciudad de Boston, un tal Jesús María Castillo mostraba un frasco de cristal conteniendo un polvo rojizo, extraído de la urna del descubridor, dado por las autoridades.

Todo esto no estaba exento de interés pecuniario, pues en Boston a más de mostrar las cenizas pedía dinero para un monumento al almirante, y el obispo de Oropé lanzó una circular a todos los soberanos y jefes de Estado de Europa y América, comunicándoles el descubrimiento de los verdaderos restos y rogándoles contribuyeran con dinero a la erección de un monumento en Santo Domingo, con el objeto de que esos soberanos, al aceptar tal petición, harían causa común con él, dando por cierto el descubrimiento anunciado.

No tuvo éxito el obispo en sus marrullerías diplomáticas. Sólo tuvo dos respuestas su circular: la del rey de Inglaterra, alegando no tener fondos disponibles para tal fin, y la danesa, una negativa perentoria. Los demás no contestaron. Donosa majadería. Primero descubren "los verdaderos restos" y luego los esparcen por el mundo en frascos o vasos de cristal solicitando óbolos.

Esto fue en síntesis el famoso descubrimiento.

(De Revista "Ejército" de España).

